

1881: un año de tensiones y polémicas sobre el pasado nacional en la Argentina. *La Historia de López de Ramón Lassaga y sus condiciones de producción*

Sanfilippo, Renzo

Estudios del ISHiR, 18, 2017, pp. 170-200. ISSN 2250-4397

Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET

<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Artículo/Article

1881: un año de tensiones y polémicas sobre el pasado nacional en la Argentina. *La Historia de López de Ramón Lassaga y sus condiciones de producción*

Sanfilippo, Renzo (Universidad Nacional de Rosario)

Resumen

En 1881 se produjeron tensiones y polémicas sobre el pasado argentino, no sólo en lo que refiere al debate entre B. Mitre y V. F. López, sino también a partir de la aparición de relatos que pusieron en cuestión una serie de supuestos defendidos por aquellos. El caso más conocido es el de la *Historia de Rozas* de A. Saldías, obra que si bien reproducía la mirada porteña, se tornó original y polémica al revalorizar un personaje hasta entonces denostado. Sin embargo, existieron otros discursos emanados desde las provincias que, en diversos puntos, implicaron una novedad interpretativa. Centrándome en la *Historia de López de Ramón Lassaga*, me propongo aquí rastrear aquellos elementos presentes en el contexto que se abre tras la caída de Rosas que permitan entender la aparición en 1881 de obras que, al interior de la tradición liberal, implican una revisión respecto a los “grandes relatos”.

Palabras claves: *Historiografía; “protoespacio historiográfico”; Debate Mitre-López; Relatos vindicatorios*

1881: a year of tensions and controversies over national past in Argentina. *La Historia de López of Ramón Lassaga and its production conditions*

Abstract

In 1881 there were tensions and controversies about the Argentine past, not only in what refers to the debate between B. Mitre and V. F. López, but also from the appearance of stories that called into question a series of assumptions defended by those. The most well-known case is the History of Rozas by A. Saldías, a work that although it reproduced the porteño look, became original and controversial when revalue a personage until then reviled. However, there were other discourses emanating from the provinces which, at various points, implied an interpretative novelty. Focusing on the History of López of Ramón Lassaga, I intend here to trace those elements present in the context that opens after the fall of Rosas that allow us to understand the appearance in 1881 of works that, within the liberal tradition, imply a revision regarding to the "great stories".

Keywords: *Historiography; “protoespacio historiográfico” Debate Mitre-López; Vindictory Stories*



Introducción

Distintos autores de nuestro país han considerado el año 1881 como un momento fundacional para la historiografía argentina, a partir de la valoración y la supuesta originalidad del debate entablado entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Fue Rómulo Carbia, uno de los emblemas de la Nueva Escuela Histórica¹, quien en 1925 con su “Historia de la historiografía argentina” (obra que puede rotularse como el primer estudio de historia de la historiografía nacional) canonizó la versión que presenta a estos dos personajes como referentes de dos escuelas diferentes en lo que refiere al modo de hacer historia. Según el autor, Mitre dio nacimiento a una historiografía erudita, basada en la búsqueda de la verdad a partir de la crítica de documentos originales, por oposición a la historiografía filosofante que iniciada con José Manuel Estrada, pero desarrollada con mayor rigor a partir de los trabajos de Vicente Fidel López, se caracterizaba por “dar vida a los hechos, cautivar y emocionar”, aunque con un proceder erróneo basado en documentos de dudosa veracidad y existencia. Esta idea es afirmada en la edición definitiva de 1940, en donde sostiene que la máxima consecuencia del debate fue “la definición, frente a frente, de dos escuelas historiográficas” (Carbia, 1940: 148).

Para otros investigadores, como Tulio Halperín Donghi, las diferencias entre ambos contendientes no estuvieron dadas por el proceder metódico, sino por lo que sus respectivas obras representaban. En ese sentido, sostiene que la originalidad de la *Historia de Belgrano*² de Mitre, aparecida por primera vez en 1857 en la “Galería de celebridades argentinas” y completada en las sucesivas ediciones de 1858/59, 1876/1877 y la cuarta y definitiva de 1887, fue “proponer una historia argentina que es por primera vez plenamente la de una nación”, rompiendo con la mirada porteña de López (Halperín Donghi, 1996: 58). Ahora bien, sea por uno u otro motivo, la mayoría de los trabajos interesados durante el siglo XX por la historia de la historiografía argentina, han puesto en el debate el centro de reflexión sobre las condiciones de existencia de la historiografía argentina durante el último cuarto del siglo XIX.

Desde fines del siglo pasado, sin embargo, aquellas miradas han comenzado a ponerse en cuestión. Quizás, el aporte más interesante para entender tanto el alcance como los límites del debate se encuentra en el texto de Alejandro

¹La Nueva Escuela Histórica (NEH) fue una corriente historiográfica que surgió hacia las décadas iniciales del siglo XX en la Argentina, como parte del proceso de institucionalización y profesionalización de la disciplina histórica. La exhibición entre sus historiadores de un método de análisis basado en la correcta crítica de documentos, el hecho de haber nacido la mayoría de ellos entre 1885 y 1889 en el seno de familias inmigrantes, y su paso por la Facultad de Derecho, ha tendido a fortalecer posteriormente una imagen de la NEH como bloque homogéneo, aunque sus protagonistas señalaban más sus diferencias teóricas que sus puntos en común. Por lo tanto, el principal rasgo que define y diferencia a la NEH respecto a las tradiciones anteriores, es su anclaje institucional (Devoto – Pagano, 2009: 145).

²En realidad, la primera edición aparece bajo el nombre de *Biografía del General Belgrano*.



Eujanian, “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”. Este trabajo se ocupa de analizar el rol que ejerció la crítica en la conformación de un campo profesional en la historiografía argentina a partir de las décadas finales del siglo XIX, ubicando la trascendencia del debate como parte integrante de ese marco más amplio. Por tal motivo, interesa destacar dos observaciones del autor. En primer lugar, señala que no se trató de una disputa entre una “historia filosófica” y una “historia erudita”, ya que ambos aceptaban a los documentos “como la base ineludible del debate historiográfico” y, en todo caso, lo que se ponía en discusión era el abordaje crítico de los mismos. En segundo, destaca que, si bien la historiografía comenzaba a adquirir cierta especificidad,

...ambos se concebían aún como partícipes de un espacio más abarcativo y a la vez universal. Eran, antes que historiadores, hombres de letras que se habían trabado en una refriega, también ella literaria y regida por los cánones de urbanidad propios de la dignidad de las letras (Eujanian, 1999: 9).

En 2009, apareció uno de los más actualizados estudios de historia de la historiografía argentina, titulado con ese mismo nombre por sus autores Fernando Devoto y Nora Pagano. Allí, hacen referencia a las “muy diversas expresiones historiográficas” existentes para el último cuarto del siglo XIX, incluyendo a las vindicaciones documentadas que buscan “restituir la memoria de episodios o personajes injustamente invocados”. Aquellas eran realizadas desde la propia tradición liberal, a partir del interés de diferentes miembros de las elites intelectuales de la época por rescatar del olvido o el agravio a aquellas figuras que habían sido opacadas o no lo suficientemente consideradas en los “grandes relatos” de Mitre y López. Así, hubo casos que

...intentaron “desagraviar” las actuaciones de Estanislao López (*Historia de López* de Ramón Lassaga; 1881), Facundo Quiroga (*El general Quiroga y la Expedición al Desierto* de Ramón Cárcano; 1882), Antonino Reyes, edecán de Rosas (*Vindicación y memorias de don Antonio Reyes* de Manuel Bilbao; 1883); José G. Artigas (*Artigas, estudio histórico. Documentos justibiblioficativo*, Clemente Frigeiro; 1886), o la desafamada memoria del general Ángel Pacheco restituida gracias a la labor heurística de un pariente político: Ernesto Quesada (Devoto-Pagano, 2009: 55).

Acorde a esta situación, en las últimas décadas se viene desarrollando una historia de la historiografía que, poniendo el foco de atención en las provincias, incorpora el análisis de discursos sobre el pasado emanados desde espacios geográficos y políticos diferentes al capitalino. Esto puede advertirse en una obra ineludible, compilada por Liliana M. Brezzo, María Gabriela Micheletti y Eugenia Molina, que lleva el nombre “Escribir la nación en las provincias”.

El trabajo se interesa por la escritura y definición de la nación por parte de historiadores posicionados desde las provincias, que intervinieron en la elaboración del proyecto de Ricardo Levene, la "Historia de la nación argentina; desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862". Si bien el plan se materializa en publicaciones que aparecen entre 1936-1950, abordando un período posterior al de este trabajo, lo interesante es que permite rastrear las imágenes construidas previamente por historiadores del período de entresiglos. De los trabajos que abordan exclusivamente la *Historia de López*, quien se ha destacado en el estudio de este tema es María Gabriela Micheletti. En el libro "Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881- 1907", realiza un análisis detallado de la formación intelectual y política del autor, sitúa la obra de Lassaga en relación con las características de la historiografía argentina de entresiglos, y estudia la recepción que tuvo la misma. Además, piensa las vinculaciones de Lassaga con el poder político de turno, especialmente en la etapa que se abre con el galvismo y que coincide con la celebración del centenario del nacimiento del Brigadier (Micheletti, 2013: 44).

Retomando el avance que se viene produciendo desde una historia de la historiografía que descentraliza las miradas enfocadas sólo en Buenos Aires, pero sin desatender los discursos capitalinos, en este trabajo busco dar cuenta de aquellos elementos presentes en el contexto abierto tras la caída de Rosas que permiten entender la aparición en 1881 de obras que, al interior de la propia tradición liberal, implican una revisión respecto a los grandes relatos elaborados por quienes han sido considerados los "padres fundadores" de la disciplina. El abordaje se realiza articulando dos niveles de análisis: uno político, que presta atención a la construcción del Estado Nacional y de una elite política nacional desde una mirada que concibe las relaciones entre centro y periferias atendiendo no sólo a las lógicas coercitivas, sino también a las negociaciones y convergencias; uno cultural, con acento en la configuración a nivel nacional de un "protoespacio historiográfico"³.

Mi foco de análisis está puesto en la *Historia de López* (1881) escrita por el historiador santafesino Ramón Lassaga. Sin embargo, se adopta una perspectiva comparativa que incorpora también el análisis de la *Historia de Rosas y de su época* de Adolfo Saldías (1881), la tercera edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* de Bartolomé Mitre (1876), y distintos números de la *Revista del Río de la Plata*, para poder rastrear las similitudes y diferencias presentes en los distintos relatos sobre el pasado, acerca del rol de las provincias y los caudillos durante la primera mitad del siglo XIX. Se utilizan asimismo fragmentos de las *Comprobaciones históricas*. A

³El concepto de protoespacio historiográfico ha sido tomado de Gustavo Prado, quien lo utiliza para remarcar el espacio intelectual precario en el que se inició lo que retrospectivamente conocemos como historiografía decimonónica argentina. Véase Gustavo Prado (1999). "Las condiciones de existencia de la historiografía argentina" en Devoto, F., *Estudios de historiografía argentina II*. Biblos, Buenos Aires.



propósito de la historia de Belgrano (1881) de Bartolomé Mitre y el *Debate histórico. Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano* (1882) de Vicente Fidel López, para reconstruir someramente la polémica que enfrentó a los llamados “padres fundadores”.

Mi hipótesis es que en 1881 se hizo visible que la efectivización del Estado Nacional como entramado institucional legítimo, que incluyó en su seno a las realidades provinciales, permitió la apertura de una serie de revisiones sobre el papel que en su conformación desempeñaron éstas, sus caudillos y distintos personajes hasta entonces vedados o no lo suficientemente valorados en las historias narradas por los personajes más importantes de las elites porteñas. El caso de la *Historia de López* muestra que la integración de las periferias en el nuevo centro político, no podía aceptar la vigencia de relatos que se habían edificado desde Buenos Aires, omitiendo o negando el aporte de “personajes ilustres” de las provincias a la construcción del Estado. La vindicación de Estanislao López cumplía el doble objetivo de rescatar la historia de Santa Fe y superar a la vez el marco local, ya que el caudillo había obrado siempre, según Lassaga, en favor de esa finalidad más amplia que era realizar el “sueño de los patriotas de Mayo”, es decir, la organización nacional.

La configuración de un nuevo orden político: el rol de Santa Fe en la conformación del Estado Nacional

Antes de pasar al análisis historiográfico, conviene detenerse en el registro político, ya que los historiadores y los relatos que aquí se contemplan fueron, de alguna manera, resultante del proceso de conformación del Estado Nacional. Al respecto, comparto la posición que asumen Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez en “De la periferia al centro: la formación de un sistema político nacional, 1852-1880”, al considerar que una nueva forma de organización central se dio a partir de la convergencia de al menos otras 14 formas que lo precedieron, siendo claves tanto la negociación como el conflicto (Bragoni - Míguez, 2010: 17). Siguiendo aquel lineamiento general, en este apartado busco dar cuenta brevemente de las particularidades que van constituyendo la realidad de la provincia de Santa Fe, en el marco de conformación del Estado y de una elite política de alcance nacional.

Durante la década que se abre tras la caída de Rosas, la dificultosa organización nacional se expresó en la disputa entre la Confederación argentina y el Estado de Buenos Aires. En un escenario marcado por la actitud a tomar respecto a este último, las diferencias comenzarán a dividir a las dirigencias de las principales ciudades de la provincia de Santa Fe. Un problema a considerar era el de los emigrados bonaerenses, muchos de los cuales se asentaron en Rosario tras la revolución de septiembre de 1852. Mientras el jefe político del departamento Rosario, Nicasio Oroño, mostraba hacia éstos una actitud más conciliatoria, el gobernador Crespo era partidario de no establecer ningún contacto con los sediciosos. Cuando su sucesor José María Cullen intensificó las relaciones con aquellos, el ahora presidente de la

Confederación, Justo José de Urquiza, decidió intervenir apoyando a los sectores civiles y militares que, encabezados por Juan Pablo López, derrocaron al gobernador (Megías, 2010: 155, 156).

De esta manera, el campo urquicista que en un principio encolumnó a grupos tanto del norte como del sur de la provincia, comenzó a partirse: los más hostiles hacia Buenos Aires, sostenedores de Urquiza, fueron aglutinándose en Santa Fe en torno a la emergente figura política de Simón de Iriondo; en cambio, quienes resistían la “tutela urquicista” y proclamaban la necesidad de un acercamiento hacia Buenos Aires, encontraron su referente en Oroño, cuyas bases de apoyo se ubicaban en Rosario. La momentánea resolución del conflicto nacional en Pavón, con el triunfo de las tropas comandadas por Mitre sobre Urquiza, significó para la provincia la llegada del “ciclo oroñista”.

El *Partido Liberal* en Santa Fe buscaba modernizar la provincia tanto en lo político como en lo económico. Luego de llegar a suelo santafesino a fines de diciembre de 1861, Mitre designó provisoriamente a Domingo Crespo como gobernador, pero el 21 de febrero del año siguiente la Asamblea Legislativa presidida por Nicasio Oroño eligió en el cargo a Patricio Cullen. La oposición tempranamente comenzó a catalogar al oficialismo como una “familia-gobierno”, ya que José María Cullen pasó a ocupar una banca en el Senado de la Nación y Oroño, el cuñado de ambos, comenzó a desempeñarse con firmeza en la Cámara de Diputados (De Marco, M.A, 1992: 89).

En las elecciones de 1865 entró en funcionamiento la lógica de “uniformar la opinión” y “disciplinar a los votantes” (Bonaudo – Sonzogni, 1999: 582): los clubes *Libertad* (que respondía al *Partido Liberal*) y del *Pueblo* (asociado al *Partido Autonomista*) luego de decidir sus representantes, apelaron a la movilización de una plebe subordinada, y la convalidación de la elección estuvo rodeada de un clima violento. El oficialismo finalmente consiguió la permanencia en el poder, y el candidato del *Partido Liberal*, Nicasio Oroño, se transformó en el nuevo gobernador de la provincia.

Lo interesante es subrayar cómo la vida provincial estaba cada vez más ligada a los vaivenes de la política en el plano nacional. Un punto para remarcar es el activo papel desempeñado por Oroño en apoyo a la guerra contra el Paraguay (1864-1870), organizando la formación de un regimiento de infantería y otro de caballería para entrar en combate. Pero lo más emblemático es cómo los distintos sectores de las elites políticas provinciales se constituyeron en partícipes de la disputa por la sucesión presidencial. Como señalan Bonaudo y Sonzogni,

A medida que las elites provinciales avanzaban en la institucionalización y estabilización de los respectivos regímenes políticos, se tornó cada vez más urgente consolidar los vínculos de solidaridad inter pares a nivel nacional (Bonaudo – Sonzogni, 1999: 83).



Las autoras mencionan cuatro bloques, que apoyaban a distintos candidatos, al interior de una comunidad política facciosa cada vez más amplia: Urquiza era el candidato de las provincias del litoral; Adolfo Alsina contaba con el apoyo de los autonomistas porteños; Rufino de Elizalde era el elegido del saliente presidente Mitre y; el Ejército Nacional, actor cada vez más preponderante, se inclinaba por Domingo F. Sarmiento. Sin embargo, en Santa Fe el gobernador Oroño estaba a favor de la candidatura de Alsina, y ese acercamiento hacia Buenos Aires que le había ganado la enemistad de Urquiza, volvió a hacerse visible en el plano local: mientras el gobernador santafesino buscaba que su sucesor fuera Marcelino Freyre, el caudillo entrerriano, que buscaba la presidencia, se posicionaba a favor de Mariano Cabal.

Finalmente, se produjo en el plano nacional un reacomodamiento entre los distintos bloques y se llegó a una alianza entre Sarmiento y Alsina que, con el apoyo del Ejército y de distintos sectores de las elites provinciales, logró acceder al Ejecutivo en 1868. En Santa Fe, tras una serie de conflictos internos con intervención nacional incluida, Cabal fue elegido gobernador.

En esta etapa comienza en la provincia lo que puede denominarse como la época del “iriondismo”. El nuevo gobernador santafesino Mariano Cabal llegó al poder en 1868 representando al *Club del Pueblo*, cuyo líder indiscutido era justamente Simón de Iriondo. Ya que, como sostiene Miguel Ángel de Marco, su influencia “se vigorizó durante el prolongado período que fue ministro del Interior del presidente Nicolás Avellaneda” (De Marco, M.A, 1992: 98), los años que van de 1868 a 1874 y que coinciden con la presidencia de Sarmiento, deben pensarse como los inicios de una consolidación que sería posterior.

El primer gobierno de Iriondo tuvo lugar entre 1871 y 1874, y estuvo caracterizado por una política que seguía los lineamientos del presidente tanto en materia educativa, a través de la creación de escuelas, bibliotecas populares y la puesta en funcionamiento de las Aulas de Jurisprudencia del Colegio de la Inmaculada Concepción; como económica, vinculando a Santa Fe con el modelo orientado hacia la exportación de productos agrícolas, lo cual fue favorecido mediante el establecimiento sucesivo de colonias.

Como ha sido señalado, es con la llegada de Nicolás Avellaneda a la presidencia, en 1874, que Santa Fe e Iriondo adquieren una centralidad a nivel nacional. Dos acontecimientos antecedieron este hecho: por un lado, el alzamiento el primero de mayo de 1873 de Ricardo López Jordán en la provincia de Entre Ríos, cuyas fuerzas habían asesinado tres años antes a Urquiza y ahora resistían la intervención del gobierno nacional en la provincia; por otro, la revolución encabezada por Mitre en septiembre de 1874, cuyo objeto era impedir la asunción del presidente electo.

En lo que hace al primer suceso, lo que resulta interesante es advertir cómo ciertos vínculos tejidos entre el Estado Nacional y las provincias, podían volverse fundamentales en momentos de conflicto. En ese sentido, hay que señalar la labor cumplida por Simón de Iriondo que, inmediatamente al levantamiento, movilizó a la Guardia Nacional del Departamento Rosario. La

respuesta brindada hacia el gobierno nacional, le abrió también las puertas hacia un mayor predominio en la administración del Estado.

Para entender el segundo hecho, hay que situarse en la coyuntura de la sucesión presidencial de 1874. En principio, aparecieron tres figuras importantes como candidatos a la sucesión de Sarmiento: el promovido por el presidente, es decir, su Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda; el vicepresidente y líder del autonomismo porteño, Adolfo Alsina; el ex presidente y líder del *Partido Nacionalista*, Bartolomé Mitre. Dos aspectos eran centrales a la hora de la verdad: por un lado, contar con el aval del Ejecutivo Nacional; por otro, lograr el apoyo de las elites políticas provinciales. Según apunta Leandro Losada:

Para acceder a la presidencia de la nación era fundamental contar con el apoyo de los gobernadores, pues estos eran los que confeccionaban las listas de electores de presidente(...) De esta manera, un candidato presidencial aumentaba sus posibilidades de éxito cuanto mayor fuera el número de gobernadores que lo apoyara(...) A su vez, para los gobernadores era fundamental tener el aval presidencial, dado que el Estado Nacional contaba con recursos (coercitivos o financieros) para sostener su posición en momentos de dificultad o, por el contrario, para desestabilizarla (Losada, 2009: 109).

Al hacerse patente que Sarmiento se inclinaba por Avellaneda, Alsina terminó bajando su candidatura, y apoyando a la figura elegida por el presidente. La mayoría de los gobernadores provinciales, por su parte, también cerraron filas con el candidato del recientemente creado *Partido Autonomista Nacional*⁴, Nicolás Avellaneda. El levantamiento del derrotado Mitre simbolizó la pérdida cada vez más notoria de su incidencia en la política nacional, y terminó en un fracaso al no lograr el apoyo de las fuerzas militares de las provincias.

Como sostienen Bragoni y Míguez, emergió con Avellaneda “un nuevo tipo de liderazgo político de alcance nacional que aparecía representado en una coalición de gobernadores” (Bragoni - Míguez, 2010: 10), lo cual pone de manifiesto que la negociación política fue convirtiéndose en un pilar central en la constitución y consolidación de un orden nacional que integraba y no sólo reprimía a las realidades provinciales en su seno. Además, se hizo visible la emergencia de una elite de alcance nacional, surgida del tejido entre las elites al frente del Estado Nacional con las elites provinciales (Losada, 2009: 102).

Es dentro de ese cuadro general que hay que pensar la importancia que adquirieron Simón de Iriondo y las elites políticas santafesinas que a él se vinculaban, al asumir como Ministro del Interior de Avellaneda. Su acceso a un cargo de importancia dentro de la administración estatal nacional le permitió, a

⁴ El *Partido Autonomista Nacional* surgió de la fusión en 1874 del *Partido Nacional*, creado para impulsar la candidatura de Nicolás Avellaneda y el *Partido Autonomista*, liderado por Adolfo Alsina.



su vez, disponer de una mayor cantidad de recursos y vínculos para seguir incidiendo en la vida política de su provincia, ahora gobernada por su amigo rosarino Servando Bayo. Como advierten Alberto Pérez y Ana Galetti, el iriondismo

...como contrapartida a su adhesión en el plano nacional, podrá montar en su provincia una maquinaria político-militar-electoral que anula todo esfuerzo de la oposición liberal. Durante un largo cuarto de siglo – 1868 a 1893-, a pesar de las frecuentes y violentas revueltas internas promovidas por el “Oroñismo”, Santa Fe es una de las pocas provincias que tienen el privilegio de no sufrir los rigores de las intervenciones nacionales (Pérez- Galetti, 1993: 52).

Por su parte, Ezequiel Gallo y María Josefa Wilde señalan dos factores que permiten explicar el marcado predominio del *Partido Autonomista* en la provincia: por un lado, el liderazgo de Iriondo, abogado y ganadero descendiente de familias fundadoras de la ciudad, que le permitió ganarse la amistad tanto de la gente del campo santafesino, con quienes “mantenía trato frecuente, directo y familiar”, como de las personalidades más destacadas de la escena nacional; por otro, los autonomistas lograron transformar al sector militar de la provincia en una fuente de reclutamiento y lealtad política (Gallo – Wilde, 1980: 163).

Dentro de ese marco, el espacio de acción para la oposición liberal era muy limitado, por lo que en los últimos años de la década se dedicó a apelar a la rebelión armada para disputar el poder político en la provincia. Entre los meses de marzo y julio de 1877, Santa Fe fue testigo de cuatro conflictos armados, y el principal motivo esgrimido en la prensa facciosa opositora era que había que “salvar a la provincia de la tiranía militar” (Gallo – Wilde, 1980: 172). El agitado clima político local se recrudeció aún más hacia el año 1878, momento de la sucesión a la gobernación. Mientras el oficialismo, que buscaba el regreso de Iriondo a la gobernación, tenía sus bases de apoyo en los medios rurales, la oposición liderada por Oroño buscaba hacer valer la fuerza con la que contaba en los núcleos urbanos. El 7 de abril los electores confirmaron a Iriondo como gobernador y, aunque a la semana la oposición se alzó en armas en el norte de la provincia, rápidamente fue reprimida.

En Santa Fe, la revolución de 1878 significó el último esfuerzo de una oposición liberal incapaz de acceder al gobierno tanto por la vía electoral como apelando al uso de la fuerza. De allí en más, su decadencia y fragmentación se tornará cada vez más notoria, a la par que el oficialismo consolidará sus fuerzas durante el segundo mandato de Simón de Iriondo. A pesar de la conflictiva relación que tendrá con el presidente Roca desde 1880, el gobernador seguirá manejando los resortes institucionales de su provincia hasta su muerte en 1883.

En fin, lo que he intentado mostrar es que la conformación del Estado Nacional no se dio en clave Buenos Aires versus Interior, y que la negociación entre el

nuevo centro político y las provincias fue tan importante como la represión sobre las facciones disidentes. Santa Fe jugó un rol activo en ese proceso y, más que una resistencia o una defensa de la autonomía provincial frente a tendencias centralizadoras, operó al interior de sus facciones una disputa por los cada vez más codiciados recursos que ofrecía la administración estatal.

Ramón J. Lassaga: el biógrafo de López

Ramón J. Lassaga nació en la ciudad de Santa Fe, el 28 de octubre de 1858. Era Biznieto de Gabriel F. de Lassaga, español proveniente de Navarra que se asentó en la ciudad hacia 1744. Esto permite pensar a los Lassaga como una de las tantas familias que, llegadas al Virreinato del Río de la Plata desde la segunda mitad del siglo XVIII, animaron los momentos finales del período colonial y también en el independiente (Losada, 2009: 8). En Santa Fe, el vínculo entre las familias hispanas recién llegadas y aquellas cuya descendencia y permanencia en el territorio local encontraba su origen en los primeros tiempos coloniales, dio lugar a la conformación de elites privilegiadas en torno al acceso a los recursos materiales y simbólicos de poder.

En 1760, Gabriel Lassaga se casó con María Francisca J. Echagüe y Andía. El matrimonio tuvo 10 hijos, uno de los cuales fue Pedro Lassaga Echagüe que, junto a Josefa Arias Troncoso, dieron a luz al padre del biógrafo de López, es decir, a Carmelo Lassaga Arias. Según Catalina Pistone, la infancia de Ramón estuvo muy marcada por la relación con su padre, ya que cuando tenía apenas cinco años falleció su madre, Ramona Doldán (Pistone, 1965:135). La formación intelectual del futuro historiador se vio atravesada por el liberalismo, corriente intelectual dominante entre las elites argentinas decimonónicas.

Antes de la aparición de la *Historia de López*, Lassaga ya había iniciado su trayecto intelectual: en 1877 fue premiado con la primera medalla de la Academia de Literatura, destacándose en la escritura de versos; al año siguiente, obtuvo el título de bachiller y, en 1879, comenzó sus estudios en la Escuela de Jurisprudencia que funcionaba en el Colegio de la Inmaculada Concepción de los Padres Jesuitas. Paralelo a ese recorrido, se había metido de lleno en la turbulenta política santafesina, participando tanto de los levantamientos contra Servando Bayo en 1877, como de la revolución de 1878 surgida tras las elecciones que eligieron por segunda vez a Simón de Iriondo como gobernador. Por lo tanto, puede sostenerse que este joven escritor ligado a la política responde, en general, al modelo de intelectual decimonónico:

Hombre ilustrado, atento a las ideas innovadoras, muchas veces políglota y cosmopolita, discurre en un universo de múltiples inquietudes y actividades, que difícilmente pueda ser comparado con la especialización cerril que nos impone el ideal de excelencia académica (Prado, 1999: 53).

Publicación y formato de la *Historia de López*

La edición original de la *Historia de López* fue publicada en 1881 por la Imprenta y Librería de Mayo de Buenos Aires, a cargo del bibliófilo Carlos Casavalle. Era ella un verdadero núcleo de tertulia, a donde asistían los personajes más renombrados de la política y la cultura argentina, como Bartolomé Mitre, Ernesto Quesada y Alberto Navarro Viola, entre otros. Hay que tener en cuenta que el concepto de librería de la época distaba de asemejarse al actual y, como señala Pablo Buchbinder, en ese momento funcionaban como “centros de socialización de los historiadores, lugares de encuentro y de distribución de libros, así como de copias y documentos originales” (Buchbinder, 1996: 64). Tampoco habría que entender estos espacios en términos de “editorial”, como utilizamos el concepto hoy, porque hacia las décadas finales del siglo XIX aún no se había producido la separación entre la impresión y venta de libros, actividades que estaban unidas.

Cabe, entonces, hacerse la siguiente pregunta: ¿cómo logró el joven Ramón Lassaga que la Imprenta y Librería de Mayo, una de las más importantes de la Argentina, publicara su primera obra histórica? De acuerdo con lo indagado, Carmelo Lassaga, padre del historiador, estaba plenamente inserto en la elite política santafesina: era íntimo amigo de Nicasio Oroño, Patricio Cullen y tenía vínculos con las personalidades más importantes del *Partido Liberal*, aunque no sólo de él. Según cuenta Ramón en uno de los manuscritos consultados, tras la muerte de Patricio Cullen en 1877, fue hasta la casa de los Lassaga el propio gobernador Servando Bayo, del partido opuesto (y contra quien iba dirigido el levantamiento “cullista”), a brindar el pésame⁵. Estas situaciones adquieren sentido si se entiende que la elite santafesina, más allá de estar polarizada en las disputas por el poder político, se encontraba de alguna manera homogeneizada no sólo por sus vínculos parentales, sino por compartir también los mismos espacios de sociabilidad y por desempeñar las mismas actividades: confluían en clubes sociales, en el “mundo tribunalicio”, se interesaban por asuntos religiosos, y muchos llevaban a cabo participaciones literarias a través de revistas culturales (De Marco, M.A. (h), 2001: 406).

Por lo tanto, mi sugerencia es tener en cuenta los vínculos que tenía Carmelo Lassaga con los miembros de la elite santafesina, en el marco de constitución de elites nacionales que acompañaron al proceso de conformación del Estado Nacional. Más allá de que el contacto haya sido establecido por medio de sus pares liberales o por figuras del oficialismo (hay que tener en cuenta que el financiamiento de la obra estuvo a cargo del Ejecutivo Provincial), lo cierto es que la misma Imprenta y Librería que publicaba obras de las más importantes personalidades de la política y cultura argentina, se encargó de dar a luz la *Historia de López* de un joven y activo escritor santafesino.

⁵La biografía inédita sobre Patricio Cullen se encuentra dentro de la serie “Manuscritos literarios” y, si bien no aparece fechada, el tono conmemorativo con el que está escrita da cuenta de que fue producida a una cierta distancia temporal de los sucesos. Probablemente sea de inicios del siglo XX, como muchos de los manuscritos que tienen fecha de aquellos años.

El trabajo de Ramón Lassaga respeta el modelo mitrista presente en la *Historia de Belgrano*, tanto por el carácter biográfico como por el esquema: 450 páginas divididas en 25 capítulos y un apéndice documental que aporta casi 100 páginas más. Como señala María Gabriela Micheletti, es una “historia de los grandes hombres”, en donde el destino del héroe es “hacer coincidir su determinación personal con la voluntad colectiva de una época” (Micheletti, 2013: 80).

Santa Fe y López: aportes a la construcción de la nación argentina desde la óptica “lassaguiana” de la historia

En la obra de Lassaga, Estanislao López es, a la vez, un héroe nacional y el máximo defensor de la autonomía santafesina. Esto puede vislumbrarse desde la “Advertencia” inicial, cuando lo señala como uno de los hombres que entendió que “...*la patria no consistía en tal o cual provincia, sino que consistía en todas ellas...*”, pero cuyo “...*único defecto, más bien proveniente del carácter de la educación de ese tiempo, fue el localismo que demostró en algunas de sus acciones, y el demasiado celo por su gobierno...*”. Aunque durante el resto de la narración ambos atributos sean exaltados positivamente, es evidente que el primero es el que le permite al autor legitimarse frente a las elites culturales porteñas interesadas sobre el pasado, buscando incorporar al “panteón nacional” una figura surgida desde un espacio provincial pero cuya acción, se buscaba demostrar, trascendía las fronteras de lo local.

Estos dos roles se entrecruzan a lo largo de toda la obra, incluso en los primeros siete capítulos que se dedican al breve pero intenso período que va desde 1815 a 1818, cuyo inicio está dado por la conformación de la Liga Federal encabezada por José G. Artigas, hasta la elección de López como gobernador. En el transcurso de esos años se anticipa, a través de las invasiones a Santa Fe por parte de los generales Juan José Viamonte en 1815 y de Eustoquio Díaz Vélez al año siguiente, al “culpable” de la “anarquía” que atravesará el país a partir de 1820: se trata de Buenos Aires o, mejor dicho, sus gobernantes. Cuando ante la muerte de Francisco Antonio Candiotti queda vacante la gobernación de la provincia, Lassaga advierte: “...*La elección del nuevo gobernante iba a hacer conocer al pueblo de Santa Fe si solamente venían las tropas de Buenos Aires a impedir que las tropas de Artigas pasasen a esta provincia, o si era tratado como un pueblo conquistado...*”. Lo que ocurrió según el autor fue lo segundo, y si el intento de conquista de Viamonte fracasó fue porque “el descontento se rebeló en las masas” y se inició en marzo de 1816 un levantamiento encabezado por Mariano Vera, al que se plegó Estanislao López en Añapiré.

Es importante detenerse en los capítulos iniciales porque aparecen muchas de las claves para entender cómo Lassaga va a ir construyendo un relato vindicatorio sobre un héroe que plantea como nacional, a pesar de no figurar de esa forma en los relatos sobre el pasado de mayor trascendencia de la

época. En primer lugar, el papel de “víctima” del accionar egoísta de los gobernantes de Buenos Aires fue lo que llevó a Santa Fe a emprender caminos que se desviaban de lo que verdaderamente ambicionaba: Artigas, por ejemplo, es señalado como un “caudillo prepotente” al que si Santa Fe siguió fue porque le hizo oír la “mágica palabra” Federación, puesto que “...*si Buenos Aires hubiera procedido de buena fe, si sacrificando toda enemistad hacia las provincias en aras del bien común, hubiera trabajado por unirse con Santa Fe, ésta, olvidando todo resentimiento anterior hubiera roto con Artigas...*”. En segundo lugar, la buena predisposición santafesina a la organización nacional queda demostrada por su cumplimiento de los tratados firmados. Esto se observa cuando, luego de destacar la valentía de “López y sus montoneros” contra la invasión de Ramón Balcarce en 1819, señala que el objeto de la acción de aquel había sido dar un golpe de muerte a la independencia local de Santa Fe, “...*aprobada por el general Díaz Vélez en el tratado firmado en Santo Tomé y que llevaba la fecha del 9 de abril de 1816...*”. Más aún, “...*los santafesinos peleaban por sostener su independencia local y, como hemos dicho anteriormente casi por instinto la república federal, en contra del poder centralizador de Buenos Aires que sostenía las doctrinas unitarias...*”.

Hasta 1818, contaba entre los méritos de López haber acompañado al “inmortal” Belgrano en la expedición al Paraguay desarrollada entre septiembre de 1810 y marzo de 1811, ya que a pesar de que la campaña terminó siendo un fracaso, había peleado con “bravura” e incluso mostrado grandes dotes como soldado, escapando de su prisión en Montevideo. Ya en Santa Fe, fue protagonista de los hechos que culminaron con la firma del tratado de Santo Tomé. En cambio, según Lassaga no tuvo nada que ver con el levantamiento de los vecinos de la ciudad contra Mariano Vera, ya que en ese momento se encontraba en San José. Los argumentos que desmentían lo enunciado años atrás por Vicente Fidel López en la *Revista del Río de la Plata*⁶, sin embargo, parecen poco convincentes: por un lado, a pesar de sostener que contaba con “datos fidedignos” para negar la injerencia del caudillo santafesino, no los cita ni se extiende sobre el tema; por otro, terminaba declarando que “...*no dejamos de aborrecer las revoluciones, pero sí comprendemos que los que al frente se pusieron del motín del 14 de julio de 1818, hicieron un bien a la provincia evitando quizá por este medio un derramamiento de sangre santafesina y colocando en el gobierno a don Estanislao López que contribuyó a crear la preponderancia que tuvo Santa Fe en aquellos tiempos de desórdenes...*”.

Es desde este momento que Estanislao López, “...*el más noble de los caudillos de ese tiempo...*”, se convierte en el personaje que saca a Santa Fe del lugar

⁶ La *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de América* fue un emprendimiento cultural desarrollado en conjunto por Andrés Lamas, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez, publicado por la Imprenta y Librería de Mayo durante la década de 1870. En el número 16, aparecido en mayo de 1872, al narrar los sucesos del año XX insinuaba que la ambición personal de Estanislao López, que buscaba acceder a lo más alto del poder local, lo convertía en un potencial enemigo del gobernador Mariano Vera.

de víctima, para pasar a colocarla en el centro de la escena nacional. Esa especie de “pecado” mencionado en la “Advertencia”, es decir, su “demasiado localismo”, fue cometido en contra de su verdadero deseo: “...López era argentino y deseaba como el que más la libertad de su patria. Pero una fatal desgracia hacía imposible que se estableciese en el país el reinado de la paz, pues Buenos Aires o más bien dicho los que la gobernaban y entre los cuales no faltaban provincianos, deseaban poner bajo su dominio a las provincias...”. Para reforzar la idea, apelaba a un recurso contrafáctico (algo usual en una época sin reglas metodológicas claras en lo concerniente a la escritura de la historia) que transformaba a López no en el portavoz del pueblo santafesino, sino de todas las provincias: “...no dudamos que López se hubiese unido a Buenos Aires, si ésta le hubiese prometido la realización del pensamiento dominante entre las masas del pueblo. La unión de todos los argentinos bajo un régimen republicano federal...”.

De esta manera, el hilo conductor que pasa a ser dominante en la obra es el de la dificultosa organización de la nación en lo que Lassaga considera la “segunda etapa” de la revolución iniciada en Mayo de 1810: mientras la primera había tenido por objeto “darnos patria”, en la segunda “...libre la patria Argentina de enemigos exteriores, principió a querer constituirse en medio de la guerra fratricida...”. Los obstáculos del período son los que contribuyen a reforzar la imagen de los héroes que en ella actuaron, por tener la valentía de intentar constituir la república federal cuando las condiciones se mostraban desfavorables. La reflexión está dada desde un presente en donde el autor entiende que el proceso ha terminado con éxito, mencionando “...esa sangrienta hoguera que alumbró hasta el año 62 a la nación argentina...”. Esta pequeña y sutil referencia traza una relación entre el pasado y hechos más recientes, vislumbrando cómo Lassaga ubica en la presidencia de Mitre el punto de llegada de la organización de la nación, algo entendible en tanto el ex presidente era su referente intelectual y también político.

En ese camino tortuoso, para el autor Estanislao López tuvo la dignidad de revestir a sus acciones de un manto legal. En un comienzo, al ver imposibilitado su deseo de ver constituida la nación argentina, se dedicó a los asuntos internos de su provincia, confeccionando en 1819 un Estatuto para reforzar el poder Ejecutivo santafesino. Con Buenos Aires se había establecido una “pequeña tregua” mediante la firma del tratado de San Lorenzo, pero el verdadero enemigo eran ahora los “rateros” esparcidos sobre la ciudad, compuestos en su mayoría de indios. Aquí se observa cómo el autor representa lo indígena desde una mirada sarmientina, bajo el dualismo civilización/barbarie. Mientras Buenos Aires aparece como una “hermana” cuyos gobernantes intentaban convertirla en “señora” de las demás provincias, las comunidades originarias son denostadas peyorativamente bajo el calificativo de “los bárbaros del Chaco”. En uno de los capítulos posteriores, al narrar la forma en que López planeaba una campaña militar contra aquellas en

1822, la dicotomía se expresa crudamente: *“...Pero si en esa época no era posible bordar, como al presente, de colonias florecientes nuestras vírgenes campiñas, era necesario acuchillar al salvaje, humillarlo, hacerle conocer la superioridad del soldado disciplinado sobre su guerrero inculto...”*.

Los sucesos del año 1820 ocupan 146 páginas de los siete capítulos de la *Historia de López* que van desde el 12 al 19: es decir, el autor dedica a ellos más del 30% de su obra. Esta observación no es menor, porque considero que esa concentración en el año 1820 configura el lugar a partir del cual Lassaga pone en tensión su relato con respecto al de los “padres fundadores” de la disciplina. Más acentuadamente en Vicente Fidel López, ya que como veremos luego las opiniones de Mitre estaban más matizadas, Estanislao López había sido representado como uno de los caudillos portadores de tendencias “anárquicas” e “independentistas”, frente al centro civilizador de Buenos Aires que buscaba unificar a las partes desprendidas del ex Virreinato del Río de la Plata. Para Lassaga, disputar ese sentido dependía de lograr resignificar las causas y la acción del gobernador santafesino en Cepeda.

Buscando resolver este problema, comienza quitándole responsabilidades a López, a partir de la atribución de características específicas a Ramírez: sugiere sin afirmar que el “enojo de las masas del pueblo” y la muy “marcada predisposición a la guerra” contra Buenos Aires puede haber surgido por el accionar de “enviados secretos” del caudillo entrerriano, a su vez seducido por el ambicioso José Miguel Carrera. Esa operación le permitió al autor representar al caudillo santafesino no tanto como culpable de la invasión sino como víctima de influencias externas, aunque argumente que no hay que “santificar” las decisiones de López, *“...porque el deber del historiador es juzgar a los hombres públicos como se merecen y presentarlos a la posteridad con sus defectos y sus glorias...”*. Luego, busca apoyarse en Mitre, *“...la voz más autorizada en Historia del Río de la Plata...”*, para reforzar la tesis según la cual Carrera y Ramírez eran los principales instigadores. Así, las causas que llevaron a López a romper con los tratados de San Lorenzo quedan oscurecidas y el autor desplaza la batalla por el sentido de la disputa hacia lo que representaban los contendientes: Rondeau era el “jefe del unitarismo”, defensor del “partido de la centralización”, mientras López y Ramírez aparecían como “soldados de la federación”, “doctrina de la mayor parte de los pueblos”. De esta manera, justifica el accionar de los caudillos que *“...no querían la sumisión de Buenos Aires sino la fundación de una nación libre bajo el régimen federal por el que los pueblos se habían decidido...”*. Más elocuentemente, sostiene que combatieron el poder del Directorio con el objetivo de lograr ese *“...gran todo soñado por los hombres de Mayo...”*.

La victoria de los ejércitos de López y Ramírez en la batalla de Cepeda del 1 de febrero de 1820, se materializó el 23 de ese mes con la firma de los “célebres” tratados de Pilar, acordando los dos caudillos con el gobernador provisorio de Buenos Aires, Manuel de Sarratea, una serie de disposiciones que incluían la organización legal de las provincias bajo el sistema federal y la entrega de

armas y dineros por parte de Buenos Aires a Santa Fe y Entre Ríos. Lassaga sostiene que lo establecido en Pilar buscaba transformar las relaciones entre Buenos Aires y las provincias del Litoral: *“...ya no eran enemigos sino hermanos. Antes de los tratados eran santafesinos, porteños y entrerrianos, después quedaban solamente argentinos que se abrigan bajo el estandarte glorioso de la patria...”*. La aceptación del Estado Nacional como organización institucional legítima, queda en evidencia cuando intenta trazar las diferencias entre el pasado y el presente: *“...por desgracia los que buscan otra vez el derramamiento de sangre de hermanos no es Buenos Aires como en los años primeros; son provincianos que han desoído la voz de la patria...”*.

Los “célebres” tratados de Pilar, entonces, se van a convertir en una de las armas que el historiador utilizará para justificar cada una de las acciones sucesivas que emprenderá López en la coyuntura abierta en 1820. Su cumplimiento va a ser lo que, por un lado, aleje cada vez más al gobernador santafesino de Ramírez y de Artigas y, por otro, vuelva a mostrar la culpabilidad de Buenos Aires en la desorganización. En lo que respecta al primer asunto, mientras López regresaba a Santa Fe tal como se había acordado, Artigas buscaba aprovechar el triunfo de Cepeda para “lograr sus propias aspiraciones”, convirtiéndose en “una de las columnas poderosas de la desorganización”; Ramírez, por su parte, no estaba dispuesto a cumplir lo pactado, y pronto *“...renació en su pecho esa doctrina localista que tanta sangre costó a la república argentina...”*. En lo tocante al segundo aspecto, fue Buenos Aires quien rompió el pacto al atacar la cuadrilla estacionada de Pedro Campbell, lo que abrió nuevamente las hostilidades.

Ambos problemas convergen, en el argumento lassaguiano, cuando en noviembre de 1820 se firman los tratados en Benegas. Mediante este acuerdo se llegó a la paz entre Santa Fe y Buenos Aires, y la predisposición del gobernador santafesino a cumplir con el pacto tuvo el efecto de que *“...durante el espacio de ocho años, Santa Fe no sacó su espada en contra de Buenos Aires, antes bien, en defensa y cumplimiento de estos siete artículos, las lanzas de Ramírez y los sables de López se chocaron, concluyendo el primero en la tumba con sus ambiciones y sus deseos ardientes de poder y supremacía...”*.

El análisis de los capítulos finales lleva a la conclusión de que las dificultades atraviesan toda la vida política de López, operando como obstáculos a la realización de sus anhelos. Para Lassaga, la administración de la provincia por parte del gobernador santafesino estaba animada por el mismo espíritu que movía a Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia a llevar a Buenos Aires el “progreso” y la “gloria”, sólo que no contaba con los mismos recursos económicos. A pesar de la adversidad, agravada por las reiteradas “incursiones de los salvajes”, López llevó a cabo la fundación de escuelas en la provincia e impulsó la creación del papel moneda, como muestra de su intento por “adelantar” moral y materialmente a Santa Fe. En cuanto a su deseo de organizar la nación, nuevamente sería imposibilitado por la aparición de un

personaje representado como “...el más unitario de los unitarios revestido con el ropaje de federal republicano...”.

La cita anterior hace referencia a Juan Manuel de Rosas y en su condena a este personaje, Lassaga hace honor a su pertenencia a la tradición liberal, la que comparte junto a los historiadores más importantes de la época. Las referencias negativas hacia esta figura son elocuentes: sus bases sociales no se encontraban en los vecinos ilustres de la ciudad de Buenos Aires, sino en “...cuanta escoria arrojaba de su seno la sociedad...”, y sus actos lo transformarían en “...un personaje que, por sus asesinatos, debía hacerse notable algún tiempo más tarde...”. A pesar de que el nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires y Estanislao López forjaron tempranamente una alianza política, Lassaga se esmeró por diferenciarlos señalando que “...en el sistema de Rosas, gobernar era separar, desunir; el de López era organizar y unir. Estos dos principios debían chocar con el tiempo...”.

El levantamiento de Urquiza contra Rosas es interpretado por el autor como una “cruzada regeneradora” del libertador entrerriano contra el “Tigre de Buenos Aires”, destacando que “la patria de López no se hizo sorda al llamado”, enviando a la vanguardia del Ejército Grande al coronel Oroño, “uno de los discípulos de don Estanislao López”. Así, el presente y la política vuelven a colarse en las páginas finales de la obra, y es el personaje más importante del *Partido Liberal* santafesino el reivindicado como uno de los continuadores de la obra del caudillo. De esta manera, aunque una de las motivaciones que llevaron al gobernador Iriondo a financiar la *Historia de López* puede haber sido la posibilidad de trazar un paralelismo entre los que se entendían como dos caudillos de diferentes épocas, en realidad la representación de una figura militar, masculina y fuerte, estaba a tono con la política dominante de la época, de claros tintes personalistas.

Recepción de la obra

El año 1880, además de significar para el Estado Argentino el momento primordial de su organización, vio también el nacimiento de un emprendimiento cultural de una escala sin precedentes en el país, cuyo impulso se basó en el trabajo realizado previamente por personalidades destacadas de las elites latinoamericanas. Me refiero al *Anuario bibliográfico de la República Argentina* dirigido por Alberto Navarro Viola, que reconoció entre sus antecedentes la labor realizada por Juan María Gutiérrez, Andrés Lamas y Bartolomé Mitre, entre otros, en lo que refiere a la colección de libros americanos sobre diferentes temáticas. De esta manera, el *Anuario* se transformó en una de las principales publicaciones del país dedicada a la crítica bibliográfica y, por lo tanto, constituye una fuente importante para analizar la recepción que tuvieron los relatos históricos que circularon durante el último cuarto del siglo XIX.

Que la *Historia de López* figure en el tercer tomo del Anuario, dedicado a los principales trabajos publicados en el año 1881, da cuenta de que el libro de Lassaga no pasó desapercibido. En la crítica de Navarro Viola, luego de

resumir cómo el autor santafesino estructuró el contenido de su obra, puede observarse una recepción bastante alentadora: “...*El señor Lassaga no se contenta con hacer una simple biografía, sino que narra y estudia todos los acontecimientos sobre que ejerció el general López su influencia más o menos directa...*”, y “...*bajo el punto de vista histórico, este trabajo tiene algún mérito, en cuanto se refiere a la interpretación que da a los sucesos y a la franqueza de las opiniones emitidas...*”.

Aunque con el correr de los años su proyección terminó limitándose al ámbito santafesino, como advierte María Gabriela Micheletti

...su obra ha quedado como testimonio de los discursos historiográficos alternativos a que dio lugar el período de entresiglos, marginados por una Historia de la Historiografía argentina que ha puesto el acento en el peso hegemónico que entre mediados del siglo XIX y el surgimiento de la Nueva Escuela Histórica lograron las visiones del pasado nacional construidas por las escuelas historiográficas de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López (Micheletti, 2010: 14).

La configuración de un “protoespacio historiográfico”: tensiones y polémicas

Hasta las primeras décadas del siglo XX no existió en la Argentina un campo profesional en el que la escritura de la historia estuviera instituida de reglas claramente definidas, ni tampoco una comunidad académica estructurada alrededor de un conjunto de pautas que permitiera hablar de “historiadores” en tanto profesionales dedicados a la escritura, enseñanza o investigación histórica. Antes bien, la historia, las biografías de personajes destacados del pasado, la jurisprudencia, la poesía y, las letras en general, formaban parte de un heterogéneo ámbito cultural en el que las diferenciaciones disciplinares no eran precisas. Los integrantes de las elites culturales de la época así lo entendían y aceptaban, sabiéndose parte de esa “república de las letras”.

Estas precarias condiciones de existencia de la naciente historiografía argentina no pueden desligarse de un hecho fundamental: la tardía organización del Estado Nacional. Esto marcó una gran diferencia con el modelo occidental europeo, ya que como señala Pablo Buchbinder

...por entonces en Europa, la historia adquirió un estatus científico y se convirtió en un oficio con reglas bien definidas. Se crearon allí instituciones dedicadas en forma exclusiva a la práctica de la historia, ésta se transformó en una disciplina ejercida en el ámbito universitario y se estableció un modelo de tarea y de trabajo para los historiadores basado principalmente en el uso del documento original de archivo y en los métodos de crítica de esos documentos, que fueron los que organizaron el estatus científico de la nueva profesión (Buchbinder, 1996: 60).



De esta manera, la categoría de “protoespacio historiográfico”, tal como fue utilizada por Gustavo Prado en “Las condiciones de existencia de la historiografía argentina”, alude tanto a la imposibilidad de hablar de un espacio claramente definido, como a la emergencia de una serie de discursos y prácticas que comenzarán a delinear, en ese heterogéneo universo cultural, el nacimiento de un género historiográfico. El mismo autor advierte que limitar el surgimiento de la historiografía argentina a una serie de “obras fundacionales”, por más coherencia interna que hayan alcanzado como para marcar un quiebre, es menos propicio que entenderlas en un marco cultural que “suscitó respuestas, nuevas intervenciones y ácidas polémicas” (Prado, 1999: 52).

Este protoespacio historiográfico está marcado, también, por la carencia de un aparato institucional capaz de diferenciar a la práctica de la historia respecto a otras manifestaciones intelectuales. En 1854 se creó en Buenos Aires el “Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata”, con la intención de constituir una “asociación científica y literaria”, tal cual proclamó su principal impulsor en la sesión fundadora, Bartolomé Mitre. Tanto el título del Instituto como los objetivos enunciados por su creador, demuestran que estas instituciones dependían de iniciativas individuales, emprendidas por intelectuales no especializados, y no podían ser obra de un Estado Nacional que aún se estaba conformando dificultosamente.

En 1881, dos de los historiadores más reconocidos de la época, dieron inicio a un debate que se prolongaría hasta el año siguiente, y que aún es señalado por muchos autores como un momento fundacional de la historiografía argentina. Desde la perspectiva que aquí se ha adoptado, interesa reconstruir brevemente aquella polémica en tanto testimonio de las condiciones en que operaba el protoespacio historiográfico argentino.

“Dos hombres de letras en disidencia”: la polémica entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre

En 1881 la Imprenta y Librería de Mayo de Buenos Aires publicó la *Historia de la revolución argentina. Desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852. Introducción*, de Vicente Fidel López, obra que de alguna manera será un anticipo de su monumental *Historia de la República Argentina*, aparecida en 10 tomos entre 1883 y 1893. En algunas de sus notas el autor pone de manifiesto supuestos datos erróneos dados por Bartolomé Mitre en su tercera edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (1876), que llevaron al ex presidente a publicar ese año y por medio de la misma editorial, sus *Comprobaciones históricas. A propósito de la Historia de Belgrano*, una respuesta a lo que consideraba “una agresión inmotivada y sin fundamentos”. Al año siguiente, Vicente Fidel López replicó con su *Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*, continuando con la polémica.

En la nota preliminar a las *Comprobaciones*, Mitre define los términos en los que concebía el debate al narrar cómo se gestó el libro: “...al resolvernos a

*metodizar nuestras contra-pruebas, nos impusimos el deber de no salir de la estricta defensiva, procurando que su tono correspondiera a la cultura y a la dignidad de las letras...”, pero al ver que ese trabajo se extendería “...resolvimos continuar por el diario La Nación la publicación de la parte inédita, bajo la bandera neutral de su sección de literatura, conservándole siempre su carácter estrictamente literario...”. Queda claro que Mitre no se sentía atacado en tanto historiador, sino como hombre de letras cuya dignidad era puesta en cuestión si se afirmaba que narraba sucesos del pasado de forma errónea. Por eso, buscaba legitimar sus *Comprobaciones* ante un público letrado, “...para que él juzgue con perfecto conocimiento de causa, en presencia de las críticas y las pruebas y documentos exhibidos, de qué parte está la verdad histórica y hasta qué punto tal crítica ha sido justa y fundada...”. Su defensa se amparaba en su proceder metodológico, al indicar que desde la primera edición de su *Historia de Belgrano* todas las afirmaciones realizadas estaban respaldadas por documentos.*

Vicente Fidel López, por su parte, se encargó de continuar la polémica por medio de su *Refutación*, aceptando el plano en el que Mitre había colocado la disputa: “...es incuestionable que cuando los debates parlamentarios y las polémicas literarias llevan como complemento la urbanidad y la galantería de los contendientes, el debate es tanto más noble cuanto más alta sea la medida del respeto con que cada una de las partes pretende tratar a la otra, imponiéndole tácitamente el mismo deber...”. Más allá de la cuestión estrictamente histórica, es decir, la discusión en torno a la veracidad de los hechos pasados narrados, en la polémica entre dos hombres que se concebían dignatarios del mundo de las letras, merecedores del respeto entre sus pares, era fundamental comprobar quién había roto los “códigos de la urbanidad”. Al respecto, mencionaba que “...el señor general Mitre, que comienza dándose por provocado, ha sido el único provocador, y nos permitirá, antes de entrar en materia, pedirle urbanamente que nos dé el puesto que usurpa y que ocupe el que le corresponde ante la opinión pública que nos juzga...”, indicando que la causa de la disputa se encontraba en el contenido de una carta sobre “Literatura Americana” enviada por Mitre a Diego Barros Arana en 1875 y publicada en el tomo IV de la “Revista Chilena”. En ella, Mitre señalaba:

“...Excuso decirle que este escritor debe tomarse con cautela, porque escribe la historia con tendencias filosóficas, más bien según una teoría basada en hipótesis que con arreglo a un sistema metódico de comprobación. Fuera de los documentos impresos en los periódicos (que yo me he tomado el trabajo de comparar con los originales que existen, los cuales muchas veces los corrigen), el bagaje histórico de López es muy liviano. Guiándose por la brújula de su teoría; iluminándose en su camino por ideas preconcebidas; afirmando dogmáticamente, en consecuencia (puede decirse en cada página), lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos, que no ha consultado, incurre en errores gravísimos...”.



Luego de desplazarse del lugar de acusador a acusado, López defendía su “sistema histórico”, señalando que “...*la historia y la filosofía de la historia marchan juntas, y el autor que rechazara de su método histórico las tendencias filosóficas no podría, en nuestra opinión, reclamar con justicia otro lugar entre los autores modernos que el de los compiladores pacientes e incoloros de la cronología...*”. Además, no aceptaba que se lo acusara de “afirmar lo contrario de lo que dicen los documentos”, porque “...*nuestro archivo también tiene cien mil documentos y no termina nunca, y nosotros no acostumbramos avanzar ningún juicio ni a indicar un solo gesto sin la documentación correspondiente que los comprueba...*”.

En fin, de alguna manera los autores que han visto en la polémica el nacimiento de la historiografía, al poner de manifiesto la existencia de dos escuelas, se colocaron en el lugar de uno de los dos contendientes: es decir, aceptaron el argumento de Mitre. Como ha quedado claro, las polémicas históricas eran, aún hacia las décadas finales del siglo XIX, refriegas intelectuales que se entendían como literarias.

Historiadores e historias paradigmáticas de una época

La *Historia de López* escrita por Ramón Lassaga es también el reflejo de una época tanto en lo que respecta al método expositivo como al analítico. El rol del historiador, tal como lo concibe el autor, aparece en distintos tramos la obra: “...*buscamos imparcialmente la verdad y la justicia que son y debe ser siempre la ambición de todo buen historiador...*”. Subyace en esta cita la idea de que existe una “verdad histórica” objetiva, y que es tarea del historiador encontrarla de manera neutral. Esta misión es crucial porque permite “...*juzgar a los hombres públicos como se merecen y presentarlos a la posteridad con sus defectos y sus glorias...*”.

Esa alusión de Lassaga a la objetividad necesaria para narrar sucesos sobre el pasado está presente también en la *Historia de Rozas*, publicada por Adolfo Saldías en 1881. Es decir que, a pesar de la ausencia de mecanismos que legitimaran académicamente a los historiadores y sus historias, compartían ellos la creencia de que una verdad histórica existía y, por lo tanto, era una obligación encontrarla: sintomático de esta convicción es el hecho de que los autores aquí analizados adjuntaban al final de sus obras el “Apéndice documental” a partir del cual sustentaban lo narrado. Saldías, emulando casi los mismos términos utilizados por Mitre en sus sucesivas ediciones de la *Historia de Belgrano*, señala en una nota al pie que “...*el lector puede descansar en que no anticiparé, en todo el curso de este trabajo, dato alguno que no resulte claramente corroborado por documento fehaciente, o, a falta de este, por referencia irrefutable...*”.

Esa última cita es interesante porque da cuenta de otro elemento presente en la forma de hacer historia de la época: la idea de que, además de los documentos, hay “referencias” que no pueden discutirse y que aluden a la

noción de “autoridad”. Como señala Alejandro Eujanian, al analizar las polémicas por la historia que enfrentaron en la segunda mitad del siglo XIX a Mitre con Dalmacio Vélez Sarsfield primero y Vicente Fidel López después, se trataba

...de un problema esencialmente político, en tanto lo que estaba en juego en estas polémicas era la autoridad que el historiador reclamaba frente a las élites políticas, la sociedad y también, respecto a aquellos cuyo campo de estudio compartía, pero frente a los cuales intentaba afirmar su preeminencia y status (Eujanian, 1999: 4).

Así como las polémicas entre los principales hombres de letras ponían en juego las posiciones que ocupaban socialmente los contendientes, es notorio también que los escritores más jóvenes, a causa de la carencia de una trayectoria política e intelectual como la que acusaban las figuras que se habían ganado cierto renombre, buscaran apoyarse en estas “autoridades” en la materia, cuando se encontraban ante la ausencia de documentos que les permitieran respaldar sus palabras. Así lo manifiesta Ramón Lassaga cuando señala la falta de documentos para indagar las causas de la guerra entre las fuerzas de Estanislao López y Ramírez contra el Directorio, “...lo que nos obliga a callar nuestra opinión para dar lugar a hacerlo a plumas más autorizadas que la nuestra...”. La apelación al “...general Mitre, autor de la historia más completa que se haya escrito sobre los sucesos del Río de la Plata, y cuya opinión es de las más autorizadas...” le permitió desligar a Estanislao López como responsable directo de la guerra, ya que éste había sido influenciado por las ambiciones de José Miguel Carrera. Es decir, su posición estuvo legitimada no por el respaldo en documentos, sino por lo afirmado previamente por Mitre. Por lo tanto, la inexistencia de reglas en términos profesionales no implicaba la carencia de ciertos “acuerdos”. En este sentido, puede afirmarse que la *Historia de López* expresa tanto esos puntos en común, en lo que refiere al rol del historiador en la sociedad y a la importancia de los documentos como depositarios de la verdad histórica, como también las imprecisiones metódicas de un espacio disciplinar en construcción: como señala María Gabriela Micheletti, el historiador santafesino se apoya tanto en fuentes inéditas conservadas en el Archivo General de Santa Fe como en memorias locales, y “existen casos en que prefiere dar crédito a lo afirmado por Pujol y Andino antes que a lo sostenido por Mitre, porque destaca el valor del testigo ocular” (Micheletti, 2010: 7).

Disputas de sentido: el rol de los caudillos y las provincias en la conformación del Estado

De los autores que aquí se analizan, Vicente Fidel López ha sido el primero en abordar los sucesos acaecidos en el año 1820 en la *Revista del Río de la Plata*, publicación dirigida junto a Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez, y editada

también por la Imprenta y Librería de Mayo. De esta revista cultural que tuvo vida entre 1871 y 1877, se han seleccionado los tomos IV y V, de los años 1872 y 1873 respectivamente, porque permiten ver la importancia que López le asignaba al año 1820 como quiebre de la historia argentina y la valoración que hace del papel jugado por las provincias y los caudillos en aquel período.

En el tomo IV, el autor comienza enunciando su carácter de pionero en el estudio de los sucesos del año 1820, ya que allí se había detenido “la preciosa monografía de Mitre sobre el general Belgrano”. Sin embargo, planteaba que hacerlo era una obligación casi hasta moral, porque formaba parte de una generación que había sido testigo, aunque en la niñez, de “aquella gloria sin igual”, y era necesario salvar ese recuerdo porque “el olvido va destruyendo la verdad fugitiva de los sucesos”. Acá es visible que Vicente Fidel López, como muchos de los intelectuales de la época, no hacía ningún tipo de distinción entre historia y memoria, y señalaba que “...*nuestro deber nos manda contar aquello que vimos entre las nubes fantásticas de la infancia; nos manda referir con un religioso respeto lo que oíamos a nuestros padres con un espíritu hondamente impresionado por los sucesos mismos...*”. Para llevar a cabo ese proceso de rememoración, parte de un presente en el que entiende que la Argentina está “entre las naciones más civilizadas y más libres del mundo moderno”, y que ese desenlace está vinculado con el año XX, porque fue ese el momento en el que “...*estalla pues el nudo social de las tradiciones del virreinato, bajo el peso de las necesidades fatales y de los gérmenes nuevos que había creado la revolución argentina...*”.

Esa eclosión social puso de manifiesto el contraste entre una ciudad de Buenos Aires con “todos los recursos” y “las luces capaces de dar dirección y poder al movimiento revolucionario”, y la “semibarbarie social” de las campañas, en donde “los caudillos y el espíritu local las incitaban a la desobediencia y a la insurrección”. De Estanislao López, por ejemplo, sostenía en el tomo V que era “un joven de familia honesta pero gaucho rematado”, que se manejaba con “un egoísmo claro, moderado y sin pasiones”, y que en Añapiré había realizado un “pronunciamiento separatista y antiporteño”. Sin embargo, señalaba también que Buenos Aires se había mostrado decisivamente en contra de “las montoneras que anarquizaban las provincias litorales”, cuando a pesar de ser ellas “reaccionarias y bárbaras en cuanto a las creencias y doctrinas filosóficas del siglo”, también manifestaban una tendencia “natural” hacia el federalismo. Por lo tanto, el estallido del año 1820 puso en evidencia tanto la desconexión entre la ciudad de Buenos Aires y las provincias como “...*la influencia de un nuevo principio, que aunque inorgánico todavía y mal escrito en las banderas de las chuzas santafesinas y entrerrianas...tenía que llevarnos sin remedio a la organización con que Washington y Hamilton habían dado vida a la grande República del Norte...*”.

Bartolomé Mitre, por su parte, recién incorporó el análisis del año 1820 en su tercera edición de la *Historia de Belgrano y la independencia argentina* (1876), lo que le permitió de alguna manera rever el papel desempeñado por los

caudillos provinciales durante la primera mitad del siglo XIX. En las dos primeras ediciones de 1857 y 1858/59, estos habían sido dotados de una carga negativa, y para entenderlo es necesario ubicarse en las condiciones políticas de producción: la disputa aún latente entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación podía interpretarse como una continuación de los conflictos del pasado. Incluso en la edición de 1876, el posicionamiento de Mitre como un escritor que ve la historia desde Buenos Aires lo sitúa en ciertos lugares comunes con Vicente Fidel López: desde su óptica, “...*Buenos Aires había sido la ciudadela de la independencia, el nervio de la autoridad, y era, como lo sería siempre, el núcleo indisoluble de la nacionalidad argentina...*”, mientras imperaba “...*el patriotismo local en todas las provincias rebeladas contra su ley...*”.

Ahora bien, hay en la tercera edición una visión mucho menos despectiva que la enarbolada por Vicente Fidel López contra los caudillos: al citar el oficio del gobernador Estanislao López enviado al Cabildo de Buenos Aires el 5 de febrero de 1820, tras el triunfo en Cepeda, Mitre sostiene que allí “...*no respira aquel odio del artiguismo contra Buenos Aires, ni aquella tendencia anti-nacional y disolvente del caudillo oriental, empeñado en la destrucción, sin ningún propósito de organización futura. Cualquiera que sea la sinceridad con que en él se invoquen los principios, que tan mal comprendían y practicaban, vese que los caudillos reconocen una patria indisoluble, que buscan un gobierno para todos, que respetan un interés general y que se inspiran en un sentimiento verdaderamente argentino...*”. Esta distinción entre Artigas que representa lo anti-nacional y los caudillos provinciales que, a pesar de sus prácticas “poco civilizadas”, estaban imbuidos de un sentimiento nacional, permite de alguna manera integrar el papel de las provincias a la historia nacional, reconociéndoles su aporte a la construcción del Estado. Hay que tener en cuenta que, a diferencia del contexto de aparición de las primeras dos ediciones, en esta tercera un antecedente ineludible es la experiencia de Mitre como presidente de la República Argentina.

La *Historia de López* de Ramón Lassaga puso en tensión estas interpretaciones desde su propia base: es decir, la conversión de un caudillo local en héroe nacional como vehículo para narrar el pasado, necesariamente trastocaba el punto de partida a partir del cual los “padres fundadores” habían edificado sus relatos. La vindicación de Estanislao López implicaba desarmar las imágenes sobre él construidas en aquellos, operación que llevaba aparejada la revisión del fenómeno del caudillismo en general.

Lo que puede constatarse en la obra de Lassaga es una configuración modélica de lo que constituye un verdadero y legítimo caudillo, que busca despojar la carga negativa que pesaba sobre el término. Así, señalaba en primer lugar que Estanislao López “...*fue siempre idolatrado por su pueblo, no solo por los gauchos, sino por todas las clases sociales...*” y “...*sin este amor de sus gobernados, López no hubiera sido nada, porque la situación de la*

provincia no podía ser más desesperada...". Por lo tanto, caudillo era quien encarnaba las aspiraciones del pueblo como totalidad, incluyendo a los principales vecinos. En segundo lugar, caudillos eran los "patriarcas de la federación" que defendían aquella "...*idea santa porque representaba la voluntad de la mayoría de los pueblos...*", y no "...*los gauchos que a la sombra del poder omnímodo de Rosas se levantaron en cada una de las provincias argentinas convirtiendo los pueblos en vastos cementerios...*". Por último, la legitimidad de los líderes provinciales estaba también dada por la naturaleza de sus actos, que no debían corresponderse con la lógica de "barbarie" que les asignaba Sarmiento a todos por igual. Un caudillo es un ser humano "civilizado", y esto explica que López tuviera con Facundo Quiroga "relaciones muy frías", ya que "...*las ejecuciones del Tigre de los Llanos solo le acarreaban el desprecio de los que no le temían...*".

Si las tensiones que manifiesta el relato lassaguiano respecto a las construcciones monumentales de Mitre y López fueran una excepcionalidad, el análisis de su caso tendría evidentes limitaciones para dar cuenta de ciertas pautas generales presentes en el contexto político y cultural de la época. Por lo tanto, es necesario traer a colación lo previamente señalado en este trabajo: en primer lugar, que la *Historia de López* debe pensarse en conjunto con otros relatos de carácter vindicatorio producidos desde las provincias durante el último cuarto del siglo XIX y, en segundo lugar, que desde el propio liberalismo porteño los "grandes relatos" comenzaban a ser puestos en cuestión, como lo manifiesta la *Historia de Rosas* de Adolfo Saldías, aparecida también en 1881. Respecto a esta última, lo novedoso es la elección de un personaje hasta el momento denostado por la naciente historiografía. Tanto Mitre como López habían vivido la experiencia del exilio durante la época de hegemonía rosista, por lo que sus relatos posteriores sobre ese período en realidad reproducían los tópicos generales que habían esbozado contemporáneamente en tanto opositores: toda esa etapa, que abarcó más de 20 años, se reducía a una sangrienta tiranía (Cattaruzza - Eujanian, 2010: 559).

Aunque Saldías pertenecía a la misma tradición intelectual que el resto de los historiadores aquí analizados, manifestaba la necesidad de repensar la labor del personaje odiado. Consideraba a Mitre como su maestro, le reconocía que "...*tuvo la gloria de unir por la vez primera a todos los argentinos bajo una constitución federo-nacional...*" y no ponía en discusión la idea de que el rosismo había constituido una "tiranía", pero buscaba "apreciar en su justo valor" las causas que la habían incubado. Para ello, era necesaria una revisión del pasado "libre de pasiones".

Hay que observar que Saldías era, por entonces, un activo partidario del autonomismo porteño, y como tal se opuso a la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Su percepción del presente y del camino que había seguido la

organización nacional luego del gobierno de Mitre⁷, era bastante oscura: “...*la perversión del espíritu liberal está mostrando a gobernantes y a gobernados que nuestras instituciones representativas federales son una mistificación irrisoria con la cual pretendemos engañarnos unos a otros...*”. Entendía que parte de la culpa le correspondía a “toda la generación que vino después de caído Rosas” porque había alimentado el odio, haciendo de “cada historiador algo peor que un novelista de horrores”, sin comprender que, durante la época de Rosas, hubo también aspectos de gobierno que merecían destacarse: entre ellos, la fundación en 1831 de una federación argentina de catorce provincias que sentó el precedente del posterior orden constitucional.

Respecto a la valoración del accionar de los caudillos provinciales, partía de una mirada porteño-céntrica que entendía a Buenos Aires como la portadora de la nacionalidad argentina, juzgando a aquellos de forma totalmente negativa: así, sostenía respecto a Cepeda que “...*al venir a derrocar las autoridades nacionales residentes en Buenos Aires, los caudillos federales no traían más móviles que los de apoderarse de los recursos militares y pecuniarios de esta provincia, para abrirse fáciles caminos en su caravana de aventuras, y poder dominar en el Litoral divorciados de toda otra autoridad que no fuese la suya propia...*”.

Al tomar la crítica que Navarro Viola hace a la *Historia de Rosas* en el *Anuario bibliográfico* sobre las principales obras aparecidas en 1881, fuente ya utilizada para ver la recepción de la obra de Lassaga, queda la sensación de que en el universo político y cultural de las elites liberales de la época era más aceptable la relectura del fenómeno del caudillismo y del rol de los caudillos provinciales en la organización nacional, que la revisión de la figura y el accionar de Juan Manuel de Rosas: “...*este libro no tiene, pues, fundamento sólido, como no tiene plan seguro. El autor ha investigado, ha revuelto archivos, ha conversado también con los ancianos, y, a fuerza de querer mostrarse independiente, se ha convertido en panegirista ciego...*”. Sin embargo, la muerte de Rosas en 1877 y la distancia temporal frente a los hechos narrados, parecen haber propiciado el telón de fondo que permitió la aparición de una obra sin dudas polémica, pero que no le acarrió, a pesar de lo afirmado por los autores revisionistas 50 años después, consecuencias intelectuales o política⁸ visibles (Cattaruzza - Eujanian, 2010: 578).

Como ya se ha señalado, mi hipótesis es que fue la efectivización del Estado Nacional como entramado institucional legítimo, que incluyó en su seno a las provincias, la que permitió la apertura de una serie de revisiones sobre el papel que en su conformación desempeñaron éstas, sus caudillos y distintos personajes hasta entonces vedados en las historias narradas por importantes

⁷ En la *Historia de Rosas* hay alusiones negativas hacia Sarmiento e indirectas que remiten a Julio Argentino Roca, pero las evidencias más notorias de su posicionamiento se encuentran presentes en su folleto posterior de 1886, titulado *Juicio político del Presidente Roca*.

⁸ Incluso llegará a ser en 1898 Ministro de Obras Públicas y en 1902 Vicegobernador de Buenos Aires.



personajes de las elites porteñas. La aceptación de ese nuevo orden político es visible en la *Historia de López* de Ramón Lassaga, el caso que ha sido analizado con mayor rigor, ya que allí se presenta al caudillo santafesino como un personaje que obró siempre en favor de esa finalidad más amplia que era realizar el “sueño de los patriotas de Mayo”, o sea, la organización de la Nación, aun cuando la época en que le tocó actuar marchaba en la dirección marcada por la guerra, la anarquía y los egoísmos localistas.

Conclusiones

A lo largo del presente trabajo se han abordado una serie de problemáticas enmarcadas dentro del proceso de conformación del Estado Nacional en Argentina, durante la segunda mitad del siglo XIX. Poniendo el foco en la *Historia de López*, obra escrita por el historiador santafesino Ramón Lassaga, pero atendiendo también a los discursos sobre el pasado nacional de los llamados “padres fundadores” de la disciplina, y en la novedosa *Historia de Rozas y de su época* de Adolfo Saldías, me propuse indagar las características del contexto que se abre tras la caída de Juan Manuel de Rosas, para intentar responder el principal interrogante que ha articulado la investigación: ¿qué explicación se puede dar al hecho de que, en 1881, hayan aparecido al interior de la tradición liberal relatos históricos alternativos a los pronunciados entonces por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López?

Durante el siglo XX, la mayoría de los autores que se han dedicado a la temática adoptaron una óptica netamente historiográfica, ubicando en el año 1881 un momento fundacional de la disciplina, a partir de la trascendencia asignada al debate entre Mitre y López. Mientras algunos se focalizaron en las diferencias metódicas, otros se concentraron en los contrastes que en sus obras aparecían respecto al rol jugado por las provincias y los caudillos en la construcción del Estado Nacional. A mí entender, ellos comparten una misma limitación: esto es, desatender las características políticas del contexto y los relatos alternativos que circularon en aquel año.

Por lo tanto, ha sido oportuno destacar que desde comienzos del siglo XXI una serie de trabajos vienen renovando la historia de la historiografía argentina, a partir de la adopción de enfoques provinciales y regionales que aportan miradas más ricas y complejas que las que reproducen la lógica porteño-céntrica. Hay quienes se han dedicado y se dedican a determinados intelectuales y sus respectivas obras, mientras que otros prefieren un enfoque comparativo que sirva para reconstruir el género vindicatorio como un movimiento más colectivo que individual. No obstante, la mayoría de estos autores han situado sus estudios también en el plano cultural, relegando a un segundo término el marco político en el que circularon los relatos.

Con el objetivo de insertar mi trabajo dentro de esta renovación de la historia de la historiografía argentina y, a la vez, realizar una contribución que sirva para superar algunas de las falencias mencionadas, he elegido la adopción de un registro político-cultural. Por un lado, para dar cuenta del proceso de

organización del Estado Nacional, entre 1852 y 1880, no como una imposición desde el centro político porteño hacia las provincias, sino pensando a estas como partes constitutivas y constructoras de aquel, tomando el caso de la provincia de Santa Fe; por otro lado, indagando los discursos sobre el pasado elaborados al interior del universo cultural de las elites, para reconstruir las condiciones bajo las cuales se fue configurando un “protoespacio historiográfico”.

Lo que ha podido observarse es que la política santafesina no estaba desligada de los vaivenes que ocurrían en el plano nacional: como dos momentos paradigmáticos, pueden mencionarse el “ciclo oroñista”, coincidente con la llegada de Bartolomé Mitre a la presidencia de la nación, y la consolidación del “iriondismo”, a partir del nombramiento de Simón de Iriondo como Ministro del Interior de Nicolás Avellaneda. Las disputas entre el *Partido Liberal* y el *Partido Autonomista* estuvieron inmersas en el proceso de conformación del Estado Nacional y de una elite política nacional, y antes que una resistencia hacia un poder “exterior” dictado desde Buenos Aires, lo que hubo fue una puja por acceder a los recursos que brindaba el nuevo orden institucional.

Además, los integrantes de ambas facciones se hallaban homogeneizados culturalmente a partir de dos elementos fundamentales: en primer lugar, los lazos parentales entre un grupo minúsculo de familias que encarnaban la herencia hispánica, controlando los distintos aspectos de la vida local; en segundo lugar, la participación en los mismos ámbitos de sociabilidad. Los Lassaga eran una familia de la elite santafesina, por lo que tenían vínculos con las personalidades más destacadas de la provincia y de la Nación. Eso es sugestivo a la hora de pensar dos cuestiones: por un lado, que el gobernador Simón de Iriondo haya autorizado la financiación de la *Historia de López*, aun cuando el joven historiador era un público opositor al mismo; por otro, que la obra haya dado a luz en Buenos Aires a través de la Imprenta y Librería de Mayo, ámbito de reunión de los intelectuales más renombrados de la época.

La riqueza de la *Historia de López* radica en su carácter de testimonio de un universo político-cultural en el que los relatos sobre el pasado no estaban limitados a los enunciados por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. La *Historia de López* es una historia nacional contada desde Santa Fe, que entra en tensión con la visión histórica de aquellos dos referentes de la elite porteña al poner en discusión no sólo la valoración del accionar de Estanislao López durante la primera mitad del siglo XIX, juzgado negativamente o insuficientemente considerado en los relatos porteño-céntricos, sino el rol desempeñado por Santa Fe y las provincias, a través de sus caudillos, en la organización federal de la República Argentina.

El análisis de la *Historia de Rozas* de Adolfo Saldías, por su parte, ha mostrado que incluso desde el liberalismo porteño las miradas sobre el pasado eran más heterogéneas de lo que usualmente se ha creído. La vindicación de Juan Manuel de Rosas, en tanto promotor de la organización nacional, marcó una

ruptura respecto a las interpretaciones que hasta el momento habían hecho circular los miembros de la generación post-Caseros que había sido opositora al régimen político depuesto en 1852. Incluso en la obra de Bartolomé Mitre, aunque no justamente respecto al rosismo, hay nuevas miradas a partir de su tercera edición de la *Historia de Belgrano* en lo que refiere al rol del caudillismo en la construcción de la nacionalidad, matizando la dicotomía Buenos Aires – Interior presente en sus publicaciones anteriores.

La polémica entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre ha sido reconstruida, en parte, para desmentir aquella idea según la cual el centro de la disputa estuvo en el enfrentamiento de dos “escuelas historiográficas” diferentes y, por otra parte, para visibilizar tanto los acuerdos como las carencias que configuraban a la naciente historiografía argentina, aquí englobada en el concepto de “protoespacio historiográfico”. La perspectiva comparativa sirvió para mostrar que las obras de Lassaga y Saldías cumplían, de alguna manera, con aquellas condiciones de producción. Por lo tanto, así como se han señalado las tensiones y polémicas, se ha mostrado también que ciertos acuerdos tácitos regulaban la producción del conocimiento histórico: uno de ellos, quizás el fundamental, era la aceptación de los documentos como depositarios de la verdad histórica.

Fuentes editadas

- Lassaga, Ramón J. (1881). *Historia de López*, Imprenta y Librería de Mayo, BsAs.
- López, Vicente Fidel (1872). “El año XX”, en Lamas, A., Gutiérrez, J.M, y López, V.F, *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de américa*, tomo IV, Imprenta y Librería de Mayo, BsAs.
- López, Vicente Fidel (1873). “El año XX”, en Lamas, A., Gutiérrez, J.M, y López, V.F, *Revista del Río de la Plata. Periódico mensual de historia y literatura de américa*, tomo V, Imprenta y Librería de Mayo, BsAs.
- López, Vicente Fidel (1882). “La urbanidad literaria”, “Dos sistemas históricos” y “Conclusión” en López, V.F., en *Refutación a las comprobaciones históricas de la Historia de Belgrano*, Imprenta y Librería de Mayo, BsAs.
- Mitre, Bartolomé (1876). *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, 3era edición, caps. XLI, XLII, XLV, XLVI, Imprenta y Librería de Mayo, BsAs.
- Mitre, Bartolomé (1881). “Nota preliminar” y “dualismo histórico” en Mitre, B., *Comprobaciones históricas. A propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*, Imprenta y Librería de Mayo, BsAs.
- Navarro Viola, Alberto (1882). *Anuario bibliográfico de la república argentina*, Año III-1881, Imp. Del Mercurio, BsAs.
- Saldías, Adolfo (1881). *Historia de Rozas y de su época*, Imprenta Nueva Asociación obrera, París.

Fuentes inéditas

- Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe. Fondo Dr. Lassaga, Ramón J. Serie Manuscritos literarios.

- Altamirano, Carlos (2008). "Introducción" en Altamirano, C. y Myers, J. (Comps.), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz Editores, BsAs-Madrid.
- Bonaudo, Marta – Sonzogni, Élica (1999). "Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control" en Bonaudo, M., *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*, Nueva Historia Argentina. Tomo IV, Sudamericana, BsAs.
- Botana, Natalio (1991). "El debate sobre la guerra social" en Botana, N.R., *La libertad política y su historia*, Sudamericana, BsAs.
- Botana, Natalio (1977). "Los orígenes del régimen del ochenta" en Botana, N., *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, 5, Sudamericana, BsAs.
- Bragoni, Beatriz - Míguez, Eduardo (2010). "De la periferia al centro: la formación de un sistema político nacional, 1852-1880" en Bragoni, B. y Míguez, E., *Un nuevo orden político: provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Biblos, BsAs.
- Brezzo, Liliana - Micheletti, María Gabriela- Molina, Eugenia (2013). *Escribir la Nación en las Provincias*, IDEHESI, BsAs.
- Buchbinder, Pablo (1998). "Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica" en Goldman, N. y Salvatore, R., *Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas a un viejo problema*, Eudeba, BsAs.
- Buchbinder, Pablo (1996). "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, N°13, tercera serie.
- Carbia, Rómulo (1940). "Las dos corrientes vertebrales de la historiografía argentina" en Carbia, R., *Historia crítica de la historiografía argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Imprenta y casa editora CONI, BsAs.
- Cattaruzza, Alejandro- Eujanian, Alejandro (2010) "La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: Saldías y Quesada" en Laera, A., *El brote de los géneros*, Tomo VIII de la *Historia crítica de la literatura argentina* (dirigida por Noé Jitrik), Emecé, BsAs.
- De Marco, Miguel Ángel (1992). "El resurgimiento republicano y el despertar del progreso económico-social (1852-1880)" en De Marco, M.A y otros autores, *Historia de Santa Fe*, Librería APIs, Rosario.
- De Marco, Miguel Ángel (h) (2001). "La pertenencia de los dirigentes" en De Marco, M.A (h), *Santa Fe en la transformación argentina: el poder central y los condicionamientos políticos, constitucionales y administrativos en el desarrollo de la provincia, 1880- 1912*, Edición Museo Histórico Provincial Dr. Julio Marc, Rosario.
- Devoto, Fernando - Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, BsAs.
- Eujanian, Alejandro (2013). "Presentación" en Dossier *El pasado de las provincias*. Disponible en: <http://historiapolitica.com/dossiers/pasadosprovinciales/>
- Eujanian, Alejandro (1999). "Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882", en: *Entrepasados*, N° 16.
- Galletti, Ana – Pérez, Alberto (1993). "Las facciones políticas santafesinas: hegemonía y crisis del Iriondismo (1868-1886)", en Ascolani, A (Comp.), *Historia del sur santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)*, Platino, Rosario.
- Gallo, Ezequiel - Wilde, María Josefa (1980). "Un ciclo revolucionario en Santa Fe, 1876-1878", en *Revista Histórica*, N° 7.
- Halperín Donghi, Tulio (1996). "Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina" en *Anuario IEHS*, 11.
- Lettieri, Alberto (1999). "De la República de la Opinión a la República de las instituciones" en Bonaudo, M., *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*, Nueva Historia Argentina, Tomo IV, Sudamericana, BsAs.
- Losada, Leandro (2009). *Historia de las élites en la Argentina: desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Sudamericana, BsAs.

- Megías, Alicia (2010). "Santa Fe entre Caseros y Pavón: cuestiones provinciales y problemas nacionales", en Bragoni, B. y Míguez, E., *Un nuevo orden político: provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Biblos, BsAs.
- Megías, Alicia (2005). "Santa Fe después de Caseros: representantes, parientes y políticos", en *Revista de Historia, Departamento de Historia CEHIS*, N°1.
- Mejía, Sergio (2007). "Las historias de Bartolomé Mitre: operación nacionalista al gusto de los argentinos", en *Historia Crítica*, N°33.
- Micheletti, María Gabriela – Quiñonez, María Gabriela (2015). "Héroes y caudillos en las primeras historias del Viejo Litoral, en el escenario intelectual decimonónico", en *Coordenadas. Revista de historia local y regional*, año II, N° 2.
- Micheletti, María Gabriela (2013). *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881- 1907*, Lumiere, BsAs.
- Micheletti, María Gabriela (2010). "Primeros esfuerzos historiográficos en defensa de las provincias y sus caudillos: la Historia de López, de Ramón Lassaga", en *Revista Escuela de Historia*, vol.9 n.1.
- Pérez Martín, José (1965). "Un historiador y un poeta", en Pérez Martín, J., *Itinerario de Santa Fe*, Colmegna, Santa Fe.
- Pistone, Catalina (1965). "Vida y obra del Dr. Ramón Lassaga" en *Revista de la Junta Provincial de estudios históricos de Santa Fe*, N° 32.
- Prado, Gustavo (1999). "Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina", en Devoto, F. – Prado, G. – Pagano, N. – Stortini, J., *Estudios de historiografía argentina II*, Biblos, BsAs.
- Suárez, Teresa – Tedeschi, Sonia (2011). *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*, Ediciones UNL, Santa Fe.
- Tedeschi, Sonia (1999). "López (1786-1838)", en Lafforgue, J., *Historias de caudillos argentinos*, Alfaguara, BsAs.

Recibido con pedido de publicación 20/06/2017

Aceptado para publicación 04/08/2017

Versión definitiva 11/08/2017